# HŌJŌKI

## de Kamo no Chōmei

*KAZUYA SAKAI*
*El Colegio de México*

Pese a que en círculos académicos se han manifestado ciertas dudas acerca de la autenticidad del autor y se le ha imputado a la obra ser una mera copia de *Chitei no Ki (Notas de la casa junto al lago),* ensayo de fines de la época Heian, ya no sólo se acepta a Kamo no Chōmei como autor legítimo, sino que se reconoce a *Hōjōki* como una de las obras cumbres del género llamado *zuihitsu* (ensayo) de la literatura clásica japonesa, junto a *Makura no Soshi (El libro de la almohada)* de Sei Shónagon (s. XI), y *Tsurezure-gusa (Ensayos sobre el ocio)* de Yoshida Kenkō (s. XIV). Debemos puntualizar, no obstante, que existe una diferencia fundamental entre los *zuihitsu* citados y *Hōjōki;* éste es un ensayo filosófico provisto de sólida estructura formal e interna y sigue el hilo de un único tema, mientras que los otros contienen observaciones fugaces y aisladas sobre temas diversos, sin un orden visible.

*Hōjōki* esta impregnado de una filosofía budista pesimista típica del medioevo japonés, distante del que enseñaba Kūkai en la época Heian como religión intelectual y estetizante. Esto no nos extraña, teniendo en cuenta los acontecimientos —y calamidades— que se sucedieron en la época que le tocó vivir a Chōmei. Del siglo XII a XIII, Japón pasó por uno de los momentos más cruciales de su historia. Se producen el debilitamiento y decadencia de la corte imperial y de la familia Fujiwara, la ascensión y caída del clan de los Taira y el establecimiento en 1192 del gobierno militar *(bakufu)* en Kamakura, régimen que habría de continuar por casi 700 años consecutivos, hasta la

mitad del siglo XIX. Aun cuando Chōmei no menciona en su libro la cruenta lucha por el poder entre los clanes Taira y Minamoto, la vivencia de ese azaroso período se encuentra latente a lo largo de este breve ensayo.

Kamo no Chōmei, también llamado Kikudayū (1153-1216), nació en una familia de sacerdotes shintoístas al servicio (hereditario) del templo Kamo-jinja, de Kyoto; su padre era *nagi* (sacerdotes shintoísta de bajo rango) de un templo adscripto *(sessya)* al Kamo-jinja, llamado Tadasu-sha. Chōmei, poeta brillante, fue discípulo de Shun'e, hijo de Minamoto no Toshiyori, y sus poemas figuran en el *Shin-Kokinshū (Nueva antología de poemas antiguos y modernos)* y en su propia antología *Kamo no Chōmei-shū.* Escribió además el ensayo poético *Mumyō-shū* y la colección de cuentos budistas, *Hosshin-shū.* Fue también un notable músico de *biwa* (especie de laúd) y tuvo acceso al palacio imperial como miembro del Departamento Imperial de Poesía y como protegido del ex emperador Gotoba. Luego, por circunstancias que provocan controversias entre los especialistas, se volcó en el budismo, convirtiéndose en monje ermitaño, cuando ya tenía más de 50 años. Su nombre budista es Ren'in, y así firma su libro.

*Hōjōki* comienza con una breve introducción de notable belleza estilística; luego vienen las dos partes centrales y finalmente el epílogo. En la primera de las partes centrales narra concisa y vividamente los sucesivos desastres, calamidades y desgracias que ocurrieron en los años 1177 (gran incendio), 1180 (torbellino), 1188 (súbito traslado de la capital por motivos políticos y estratégicos), 1181 (hambre y epidemia) y 1185 (terremoto) en la ciudad de Kyoto. En la segunda parte hace referencia a ciertos detalles de su vida y relata cómo gradualmente fue reduciendo el tamaño de su morada, hasta llegar a la cabaña de 10 pies de lado, donde escribe el libro que titula precisamente: *Notas (ki) (desde la cabaña) de diez pies de lado (hōjō).*

En el epílogo hace la reflexión de que, pese a su vida de ermitaño y asceta, se encuentra lejos de alcanzar la salvación budista.

La dignidad de la prosa, el ahondamiento reflexivo acerca de la vida y del hombre revelan el humanismo del autor, y a pesar de que se mantiene en sus ideales budistas y sostiene el principio de la transitoriedad de las cosas, llegando al final del libro, asistimos al conflicto interno y a las contradicciones que el mismo Chōmei encuentra en su actitud hacia la vida; en esa introspección el autor no halla respuesta a su propia pregunta: "¿En qué consiste la esencia de la vida?".

A través de su crónica de la vivencia de lo *real*, *Hōjōki* es una obra de la resistencia de esa época. Encontramos además la reflexión honda e intensa de ese "ermitaño", que como representante de la última aristocracia, obligado a ceder paso al curso de la historia, adopta la posición de "retiro"; y que, pese a esa actitud, encuentra el inquietante conflicto del "cambio" de mundo e incluso de su propio "yo". El "escritor-ermitaño" no puede permanecer pasivo y mirar el mundo desde lo alto de su "cabaña". Y en ese "yo" que se agita entre la permanencia de lo viejo y la presencia de lo nuevo, entre el principio contemplador y negativo del budismo y el vigoroso impulso de una nueva era, reconocemos, más allá del monje Ren'in, al hombre Kamo no Chōmei. En este sentido *Hōjōki* es también el síntoma preliminar de una nueva expresión literaria, impulsada por el revolucionario budismo que se convertiría en principio rector de la cultura medieval japonesa. Por otra parte, *Hōjōki* inaugura el comienzo de una larga tradición, la de "los ermitaños", que dejó profunda señal en la literatura japonesa hasta el siglo XVII.

La presente traducción de *Hōjōki* se basa en el texto incluido en el tomo XXX del *Nihon Koten Bungaku Taikei (Antología de literatura clásica japonesa)*, Tokyo, Iwanami Shoten, 1957 — revisado y comentado por el profesor Minoru Nishio. Por lo tanto, corresponde al que se conserva en el tem-

plo Daifukukō-ji, en reproducción hecha por la Koten Hozon-kai (Sociedad para la preservación de los clásicos nacionales) en 1925, y es aceptado, entre los varios que existen, como el más antiguo y aun probablemente el original, escrito en 1212. Las diferencias que existen entre este texto — el de Daifukukōki-ji— y por ejemplo, el que posee la Flia. Maeda, se mencionan en las notas correspondientes.

Debido a la limitación de espacio, se han seleccionado sólo algunos capítulos, que pueden proyectar una idea general del carácter de esta obra. (Debemos aclarar que, si bien el original no contiene división alguna, en las ediciones modernas y en las traducciones al inglés se encuentra dividido en capítulos, algunos con sus títulos correspondientes.) De por sí *Hōjōki* es un libro sumamente breve que, dependiendo de las ediciones, consta de 20 a 25 páginas. La presente traducción abarca aproximadamente las tres quintas partes del original.

# HŌJŌKI

## notas desde mi cabaña

de KAMO NO CHŌMEI

Traducción del japonés por Kazuya Sakai

*Introducción*

El fluir del río es incesante, pero su agua nunca es la misma. Las burbujas que flotan en un remanso de la corriente ora se desvanecen, ora se forman, pero no por mucho tiempo; así también en este mundo son los hombres y sus moradas.

Suponemos que en esta bella capital[1] las casas, grandes y pequeñas, que una junto a la otra rivalizan en sus techos, uno más majestuoso que el otro, se conservan iguales generación tras ge-

neración, pero si nos preguntamos si esto es cierto, notamos cuán pocas son las que ahí se encuentran desde tiempos antiguos. Algunas se incendiaron el año pasado, para tan sólo reconstruirse este año; otras casas grandes se desmoronaron, convirtiéndose en casuchas: lo mismo ha pasado con sus moradores. Es la misma ciudad, la gente más numerosa que nunca; empero, de aquellos que solía conocer desde antaño, sólo alcanzo a contar uno o dos entre veinte o treinta. Algunos mueren por la mañana, otros nacen al atardecer, como las burbujas sobre el agua.

No sabemos de dónde viene, a dónde va, el hombre que nace para morir. Tampoco sabemos a beneficio de quién se afana en construir casas que apenas si quedarán por un instante, y por qué razón sus ojos en ellas se deleitan. La manera en que dueño y morada rivalizan en desaparecer de esta efímera vida,[2] se asemeja al ejemplo del rocío en los pétalos de la campanilla. Puede bien el rocío caerse y la flor quedar, pero quedar para desvanecerse con el sol de la mañana. También puede la flor marchitarse y el rocío aún no evaporarse, si bien, aunque no se evapore, no esperará al atardecer para hacerlo.

*El gran incendio*

En más de cuarenta primaveras y otoños transcurridos desde que tengo uso de razón, cada vez con más frecuencia me ha tocado ser testigo de cosas muy terribles.

Fue, creo, el vigésimo octavo día de la cuarta luna de 1177, una noche en que el viento soplaba ferozmente, sin parar, cuando, hacia las ocho o nueve, brotó un incendio en el suroeste de la capital, propagándose hacia el noreste. Finalmente el fuego alcanzó el portón Suzaku[3] y los diversos edificios del palacio,[4] y en el lapso de una sola noche, todo quedó reducido a cenizas.

Dicen que el fuego se originó en una callejuela de la zona de Higuchi-Tomi, por la Avenida Quinta, en una pequeña casa donde se hospedan bailarines del Bugaku.[5]

El fuego, a impulsos del viento enloquecido, se fue extendiendo en abanico, primero en un sentido y luego en otro. Las casas alejadas de la conflagración se hallaban envueltas en humo, mientras que la zona más cercana se había convertido en un mar de llamas. Las cenizas lanzadas al cielo, teñidas de rojo carmesí por la relumbrante luz del fuego, y las llamas implacablemente azotadas por el viento, parecían volar sobre dos o tres calles a la vez.

Los que caían atrapados en el medio del fuego se sentían más muertos que vivos y no podían creer en lo que estaban presenciando; algunos, sofocados por el humo, se desplomaban; otros, cercados por el fuego, morían al momento. Y los que apenas lograron escapar con vida, fueron incapaces de salvar nada de sus pertenencias: todos los tesoros[6] convertidos en cenizas, ¡y cuánto habrían gastado en ello!

En ese incendio, dieciséis mansiones de los nobles se quemaron, sin contar otros innumerables predios. En total, alrededor de una tercera parte de la capital quedó destruida. Decenas[7] de hombres y mujeres perdieron sus vidas, y también incontables caballos y bueyes.

Entre todos los desatinos del empeño humano, ninguno más vano que el de gastar tesoros y preocuparse en construir casas en un lugar tan peligroso como la capital.

*El torbellino*

De nuevo, el vigésimo noveno día de la cuarta luna de 1180, se alzó un gran torbellino en el noroeste de la capital, hacia donde se cruzan las grandes avenidas Naka-no-mikado y Kyōgoku, llegando a la Avenida Sexta, bastante más al sur. Todas las casas, grandes o pequeñas, fueron destruidas sin excepción en el área que arrasaba el torbellino —un área móvil de tres a cuatro calles en redondo. Algunas fueron literalmente aplastadas y otras quedaron en sus vigas y columnas. Las partes superiores de los portones se desprendían y, volando, caían entre 300 y 450 metros más adelante; las cercas se desplomaban, borrando los límites de la propiedad con el vecino. Una enorme parte del tesoro fue lanzada hacia el cielo, y las cortezas de ciprés y las pajas de los techos, arrojadas como hojas de invierno danzando en el viento. El polvo se levantó como un humo, que nada dejaba ver, y tan ensordecedor era el rugido, que las voces se ahogaban. Pensé que ni las ráfagas que azotan el infierno podían resultar más malignas.

No sólo fueron las numerosas casas dañadas y destruidas; muchas personas se hirieron o se lisiaron al repararlas. El torbellino se movió en dirección al sureste, dejando atrás muchos lamentos. La gente, confusa y temerosa, decía: "Tenemos tempestades todo el tiempo, pero nunca como esta vez. Este no es un caso común; debe ser el presagio de algo terrible que está por venir".

*El traslado de la capital*

En el sexto mes del mismo año, repentinamente, y sin que nadie lo esperara, la capital fue trasladada.[8] Desde que fuera fijada en Kyoto en el reinado del Emperador Saga,[9] habían pasado más de cuatrocientos años.[10] Como el cambio de una capital no es asunto que se pueda hacer con ligereza sin razones suficientes, era natural que la gente se agitara en exceso y se preocupara con la noticia.

Pero de nada servía lamentarse, y todos, desde el mismo emperador hasta sus ministros, la nobleza y demás, se trasladaron. De todos aquellos que servían en la corte, nadie se quedó en la antigua capital. Los que tenían ambiciones oficiales o favores que pedir al emperador, fueron los primeros en moverse sin pérdida de tiempo. Sólo aquellos que habían perdido la oportunidad de triunfar, que eran sobrantes de este mundo y no tenían a qué aspirar, se quedaron, aunque con tristeza. Las mansiones, cuyos techos rivalizaban entre sí, con el pasar del tiempo quedaron en ruinas. Las casas fueron desmanteladas, y flotando, fueron transportadas por el Río Yodo, y la ex capital se fue transformando en un campo desierto frente a los mismos ojos de uno. La modalidad de la gente cambió por completo: los caballos y las monturas fueron apreciados[11] mientras que los carros tirados por bueyes cayeron en desuso.

Los terrenos bordeando el mar en el sur y en el este fueron codiciados, pero nadie mostró interés en los feudos del norte y del oeste.[12]

Por ese entonces sucedió que, teniendo un asunto que tratar, me trasladé a la nueva capital, en la provincia de Settsu. El lugar era tan estrecho que no había ni el espacio suficiente para dividir la ciudad en un número adecuado de calles y avenidas.[13] Por el norte el terreno se elevaba hacia lo alto circundando las montañas, y al sur seguía en declive hasta la orilla del mar. El ruido de las olas era un rugido constante, y el viento salado soplaba con especial intensidad. El palacio imperial se hallaba dentro de las montañas, pero semejando la rústica construcción de troncos de los antiguos palacios,[14] no carecía de encanto.

Me preguntaba dónde las gentes podían levantar esas casas que a diario eran desmanteladas y traídas agua abajo, en cantidad tan enorme que cubría la superficie del río. Había muchos terrenos vacíos y pocas casas construidas. La vieja capital ya estaba desolada, pero, al mismo tiempo, la nueva no había sido

terminada. Todos estos se sentían inseguros, como nubes flotantes. Por cierto, ios que eran del lugar lamentaban la pérdida de sus tierras, y los recién llegados deploraban la dificultad de levantar sus moradas. En las calles se podían ver hombres montados a caballo, cuando por sus condiciones debían de estar viajando en carruajes; igualmente, en lugar de vestir los ropajes de la corte, llevaban simples ropas de servicio.[15] Las costumbres de la capital cambiaron bruscamente, y ya se parecían a las de los rústicos guerreros. Había oído decir que esto era el presagio de desórdenes futuros, y en verdad, con el correr de los días, el país se agitaba y se inquietaba cada vez más, y también las gentes. Pero no fue vano el padecer de todos,[16] puesto que en el invierno de ese mismo año, la capital fue trasladada nuevamente a Kyoto. Pero ¿qué sucedería con las casas desmanteladas? No todas habrán podido ser reconstruidas como estaban.

He oído decir que en tiempos de los sabios soberanos de antaño se gobernaba al país con clemencia. Se sabe que un palacio imperial fue techado con pajas, y que ni siquiera el alero fue nivelado.[17] O del emperador que al ver el escaso humo que levantaban las chimeneas de las casas, mandó devolver los impuestos, que de por sí no eran excesivos.[18] Y así había sido porque el emperador amaba a su pueblo y deseaba ayudarlo.

Si comparamos las presentes condiciones con aquellas de los antiguos días, veremos cuán grande es la diferencia.

*La difícil existencia en este mundo*

Todo lo que he descrito son las cosas de este mundo que hacen que la vida sea difícil de vivir, y demuestran el desamparo y la inseguridad en nosotros mismos y de nuestras moradas. Y si añadimos a eso la aflicción que sobreviene por el lugar o las circunstancias que a cada uno le toca vivir, imposible sería enumerar cada caso.

Cuando ocurre que un hombre de baja posición vive al lado de un señor poderoso, por feliz que sea, no puede celebrarlo ruidosamente; y asimismo, por una aflicción desgarradora, tampoco puede alzar su voz de queja. Por cada cosa que haga, se sentirá incómodo y molesto, y en cada movimiento temblará como un gorrión que se aproxima al nido de un halcón.

El pobre que vive junto a una familia rica se avergüenza mañana y noche de su aspecto miserable, y entra y sale de su casa tratando de dirigir las más lamentables adulaciones a su vecino.

Y cuando ve cómo su mujer y sus hijos y sus sirvientes envidian al rico, o escucha cómo la familia rica lo ignora, su corazón vive en constante zozobra, no dejándole un sólo momento de paz. Si alguien tiene su casa en un lugar apiñado y un incendio brota en la vecindad, no logrará escapar del peligro. Si la tiene en un lugar apartado, tendrá inconvenientes para ir y venir de la ciudad, y siempre habrá el temor a los ladrones.[19]

Los que son poderosos viven ambicionando mayor fortuna, y aquellos que están solos, reciben el desprecio de la gente. Las posesiones acarrean desvelos; pero en la pobreza hay lamento. Aquel que busca ayuda se convierte en su esclavo; el que nutre a los demás queda atrapado por el afecto. Aquel que acata las reglas de este mundo sufre en consecuencia; pero el que no lo hace aparece como un demente. Donde sea que pueda vivir, cualesquiera cosas que él haga, ¿es posible acaso que por un sólo instante hallemos dónde descansar el cuerpo o apaciguar el corazón?

*La renuncia a este mundo*

Cuando empecé a vivir aquí, pensé que lo hacía por una breve temporada, pero pasaron cinco años, y mi cabaña de retiro se ha ido convirtiendo en un viejo lugar donde vivo con gusto. Las hojas muertas se acumulan profusamente en el alero, y el musgo trepa por las paredes de barro. Cuando, casualmente, me han llegado noticias de la capital, he sabido cuántas gentes importantes han desaparecido desde que me retiré a esta montaña. ¿Cómo poder contar entonces las muertes de aquellas personas de menor importancia? Y ¿cuántas casas han sido destruidas por los numerosos incendios? Solamente en una cabaña provisoria uno logra estar en paz y libre de todo temor. Y aunque es muy pequeña,[20] tiene un lecho donde dormir en la noche, y espacio donde poder sentarme durante el día. Nada le falta como lugar para vivir.[21]

El paguro[22] prefiere albergarse en pequeñas conchas porque conoce muy bien el tamaño de su cuerpo. El águila pescadora[23] permanece en las costas desoladas porque teme al hombre. Yo también soy como ellos. Conociéndome y conociendo la mutabilidad del mundo,[24] no deseo nada que esté fuera de mi alcance y tampoco me agito.[25] Sólo busco la tranquilidad y gozo de la ausencia de la angustia.

Es costumbre general que las gentes —en su mayoría— no construyan casas para sí mismas. Unos las edifican para su mu-

jer y sus hijos, o para sus parientes y servidumbre.[26] Algunos lo hacen por sus amigos y conocidos, otros por sus amos o sus maestros, e incluso los hay que lo hacen para guardar sus posesiones, o caballos y bueyes. Yo la hice para mí y no para otros, porque en tiempos como estos y en las condiciones en que me hallo, no tengo compañía ni tampoco servidumbre que me asista. Aunque construyera una casa espaciosa, ¿a quién albergaría, y con quién viviría?

En general, los llamados amigos estiman al otro por su riqueza y muestran gran afecto ante todo por aquellos que les han hecho favores. No necesariamente aman a las personas que les ofrecen una cálida amistad o a los que tienen honesta disposición. Mucho mejor es tener por amigos a la música[27] o a la belleza que ofrece la naturaleza,[28] antes que a los de esa calaña. Los que son sirvientes viven anhelando los presentes y las compensaciones inmediatas,[29] y son deferentes sobre todo con aquel que los trata generosamente. Pero a ellos no les interesa el cuidado y el afecto que sus amos les dispensen para que puedan vivir en paz y tener la tranquilidad de espíritu. Es mucho mejor, por lo tanto, ser el sirviente[30] de uno mismo.

¿Cómo hacer de uno su propio sirviente? Pues, si hay algo que se debe hacer, lo hace uno mismo. No es que eso no resulte molesto a veces, pero aun así lo encuentro más sencillo que tomar a un sirviente y estar detrás de él. Si hay algo que requiera caminar, yo mismo camino. Y aunque sea algo penoso, es preferible a estar preocupado por el caballo y la montura, los bueyes y el carruaje.

He dividido mi cuerpo y le he dado con ello dos usos: mis manos son mis sirvientes, mis piernas mi vehículo, y ambos me responden a satisfacción. Cuando mi mente o mi cuerpo están fatigados, lo sé enseguida y descanso, pero cuando los sé fuertes, los empleo. Digo "empleo", pero naturalmente, no los hago trabajar en exceso.[31] Si no me siento con deseos de trabajar, eso no llega a molestarme. Además, ¿no es acaso cierto que el caminar y el trabajar de continuo son beneficiosos para la salud? ¿Qué se ganaría con estar ocioso? Es pecado hacer sufrir a los otros: ¿cómo podríamos pedir prestado su trabajo?

Mis ropas y comidas son tan simples como mi morada. Me visto y me cubro con cualquier ropa o cubierta ordinaria que voy consiguiendo. En cuanto a la comida, recojo los *ohagi*[32] de los campos y los frutos de los árboles en la cima de las montañas, lo

suficiente para mi subsistencia. Al no tener contacto con la sociedad tampoco me avergüenzo de mi apariencia. Y la comida, aunque muy escasa y simple, tiene un sabor especial para mí.

Todo lo que estoy diciendo, no está dirigido a los que son ricos y felices; relato mis experiencias simplemente para demostrar las diferencias que hay entre la condición de mi vida presente con la del pasado.[33]

Los *Tres mundos*,[34] buenos o malos, dependen de la mente de uno mismo. Si no hay paz en la mente, de nada sirven las bestias de carga ni las joyas,[35] y ningún placer pueden procurar los palacios o pabellones. Esta casa solitaria, esta choza de un solo cuarto, es para mí el lugar más placentero. Desde luego no es que no sienta vergüenza cuando voy a la capital y tengo que pedir limosna, pero al retornar aquí, siento lástima de aquellos que aún siguen apegados al mundo del polvo, allí donde buscan la celebridad y el lujo.

Si alguien duda de mis palabras, vea a los peces y los pájaros. Los peces no se cansan del agua, pero a menos que uno sea pez, no podrá entender el por qué. Los pájaros ambicionan los bosques, pero de no ser pájaro, uno no sabrá el por qué. Tal es la alegría de vivir en soledad: ¿quién podría entenderlo, de no vivir aquí?

*Epílogo*

La luna de mi vida declina en el cielo, y está por hundirse detrás de las montañas. Pronto me he de encaminar a la oscuridad de las *Tres sendas*.[36] ¿Qué puedo lamentar ahora cuando mi vida toca a su fin? La enseñanza del Buda es en esencia el no apego a ningún objeto. En mí sería pecado amar mi cabaña, y hasta el apego a su soledad sería un obstáculo para mi salvación. ¿Por qué malgastar el precioso tiempo citando estos triviales placeres de ermitaño?

Un calmo atardecer, pensando en la causa de mis flaquezas, me decía a mí mismo que había abandonado el mundo para vivir en el seno de la floresta montañosa, con el fin de disciplinar mi mente y practicar el "Camino del Buda". Y no obstante, me decía, "pese a tu apariencia de monje, tu corazón está mancillado de impureza. Tu cabaña se asemeja a la de Jōmyō,[37] pero observas las enseñanzas aún peor que Handoku.[38] ¿Se debe ello al estado en que te encuentras por ser pobre, o es que a tal punto te hallas perturbado que tu mente comienza a desvariar?"

Preguntas que mi corazón no pudo contestar. Todo lo que pude hacer fue usar mi lengua[39] para recitar el *nenbutsu*[40] dos o tres veces sin mayor convicción.

Al final de la tercera luna del segundo año de la era Kenryaku (1212), escribe esto en la cabaña de Toyama, el monje ermitaño Ren'in.

## NOTAS

1 La ciudad de Kyoto.

2 *Mujō:* concepto budista de la transitoriedad de las cosas.

3 *Suzaku-mon:* Portón o entrada Suzaku; uno de los doce que había alrededor del palacio imperial, ubicado en el sur.

4 . . . *los diversos edificios del palacio.* Se mencionan *Daikoku-den* (pabellón principal del palacio, donde se efectúan las audiencias y coronaciones), *Daigaku-ryō* (especie de colegio donde educaban a los hijos de nobles), y *Minbu-syō* (uno de los ocho ministerios, que trataba asuntos relacionados con impuestos, censos y bienestar público).

5 *Maibito,* lit.: 'bailarín'. Se refiere al bailarín del *Bugaku,* danza de la corte. Otros textos dicen (Maeda): *to ka yamaibito;* aquí *yamaibito:* "enfermo". Por consiguiente: "en una pequeña casa donde se hospeda un enfermo". Ver. D. KEENE, *Anthology of Japanese,* p. 198.

6 *Shitsuchin manpō,* lit.: 'las siete joyas [de acuerdo con el *Hannya-kyō* (en sánscrito *Prajñapāramitā, Sutras de la Sabiduría Trascendental)*] y los diez mil tesoros'.

7 De acuerdo con otros textos: 'miles de hombres y mujeres. . .' Ver D. KEENE, cit. p. 198.

8 Se refiere al traslado de la capital a Fukuhara (actual Kobe), sugerido por Taira no Kiyomori, ante la amenaza del clan de los Minamoto.

9 En realidad la capital fue establecida por el emperador Kammu, padre del emperador Saga, en 794. Algunos especialistas sugieren que tal vez Chōmei haya tenido en cuenta el intento frustrado de establecer la capital en Nara, en 810, durante el reinado del emperador Saga.

10 Aún considerando el establecimiento de la capital en Kyoto en 794 (y no en 810), no pudieron haber pasado 400 años hasta el traslado a Fukuhara, en 1180. De acuerdo con otros textos (MAEDA) dice: "habían pasado cientos de años".

11 Se refiere a la influencia de las costumbres de los samurais, sugiriendo el cambio que se estaba operando en la sociedad japonesa.

12 El norte y oeste del país estaba en manos de los Minamoto mientras que sus rivales, los Taira, ejercían influencias en el este de la capital, incluyendo las islas de Kyūshū y Shikoku. Al final, los Taira fue-

ron derrotados en una batalla decisiva, en el extremo occidental de Honsyū, dando comienzo a la hegemonía de los Minamoto y al consiguiente establecimiento del gobierno militar *(bakufu)* en Kamakura.

[13] *Jōri o waru ni tarazu,* lit.: 'no era suficiente para dividirlo en *jō* y *ri*'. *Jō:* avenidas que corren de este a oeste; *ri:* las que corren de norte a sur. De acuerdo con el sistema *yin-yang* de adivinación china, una capital debería dividirse en 9 *jō* y 8 *ri,* principio que fue aplicado al fundarse la capital, Kyoto.

[14] *Ki no maro-dono,* lit.: 'palacio construido con troncos'. Se refiere al palacio provisional que hizo construir el emperador Saimei en 661, en el norte de Kyūshū, cuando la invasión a Corea.

[15] *Hitatare:* denominación de la ropa de la gente del pueblo, o de los guerreros. Luego se convierte en el traje de ceremonia de los samurais.

[16] Se refiere al levantamiento militar de Minamoto no Yoritomo en agosto del mismo año.

[17] Referencia al emperador Yao, de China.

[18] Referencia al emperador japonés Nintoku.

[19] *Shiranami,* lit.: 'olas blancas'; nombre otorgado a los ladrones de la época.

[20] En párrafos anteriores dice, refiriéndose a su cabaña: "la superficie era apenas de 10 pies de lado".

[21] *Isshin o yadosu,* lit.: 'albergar un cuerpo'.

[22] *Kamina,* antigua denominación de *yadokari:* 'paguro o ermitaño. *Paguro:* género de crustáceos que habitan en la concha de otros mariscos.'

[23] *Misago:* 'halieto; comúnmente águila pescadora. Ave de rapiña que se alimenta de peces que atrapa sumergiéndose en el agua'.

[24] *Yo o sirereba,* lit.: 'ya que conozco al mundo'. Referencia a la inestabilidad y transitoriedad de la vida y del mundo, de acuerdo con el budismo.

[25] *Washirazu,* igual que *hashirazu:* 'no corriendo', es decir, no agitándose en busca de las cosas mundanas como placer, dinero, etc.

[26] *Kenzoku,* lit.: 'miembros de la familia' y por extensión, 'subordinados' o 'servidumbre'. De acuerdo con M. Nishio, en este caso, referencia a ambas acepciones.

[27] *Shichiku,* lit.: 'hilo y bambú'. Denominación general de los instrumentos musicales. Los de "hilo" (cuerdas) son el *koto* o *biwa* y los de "bambú" (viento), los diversos tipos de flautas.

[28] *Kagetsu,* lit.: 'flores y luna'. Las diferentes vistas que ofrece la naturaleza.

[29] *Shōbatsu,* lit.: 'premios y castigos'. Referencia a los presentes concretos o materiales que pueden obtener los sirvientes de sus amos como compensación de sus servicios.

[30] *Nuhi,* lit.: 'sirviente *(nu)* y sirvienta *(hi)*'.

[31] *Sugusazu,* lit.: 'no exceder, no sobrepasar'.

[32] *Ohagi,* otro nombre de *yomena,* 'aster indios'.

[33] En otros textos se incluye a continuación el siguiente párrafo: "Desde que abandoné el mundo y me convertí en monje, no siento ni rencor ni temor a otros. He confiado mi vida al Destino, y no me aflijo ni de la vida ni de la muerte. Comparo mi cuerpo a las nubes flotantes y no pido nada, no deseo nada. Mi mayor placer es hacer una siesta tranquila; mi único deseo en esta vida es ver las bellezas de las estaciones".

[34] *Sangai,* de el *Avatamska Sutra.* Los *Tres mundos* pueden ser el pasado, el presente y el futuro; también el mundo material, el inmaterial y el pasional.

[35] *Zōme,* lit.: 'elefantes y caballos'. De acuerdo con los textos budistas, animales de mucho valor, es decir valiosa propiedad. *Shitsuchin,* ver nota 6.

[36] *Sanzu no yami,* lit.: 'la oscuridad de las *Tres sendas*'. Son las tres sendas que, después de muerto, conducen a diferentes infiernos. Van aquellos que no se iluminaron en vida o que han cometido grandes faltas.

[37] *Jōmyō,* nombre en japonés de Vilamakirti, discípulo del Buda, famoso por la cabaña que construyó para su vida ascética.

[38] *Handoku,* nombre en japonés de Panthaka, uno de los discípulo más estúpidos y haraganes del Buda. Más tarde cambia su conducta y en un gran esfuerzo consigue iluminarse.

[39] *Zetsukon,* lit., 'lo que crea el gusto'. La frase dice: *zetsukon o yatoite,* 'haciendo emplear a la lengua'. Se refiere a que lo que dice la lengua (recitar el *nenbutsu)* no coincide con lo que dice el corazón.

[40] *Nenbutsu,* 'oración budista'. En el original: *Amida-butsu,* o sea 'oración de Amida-butsu'.